
3 1761 06552714 5



O FLAMMARION

MUERTE Y SU MISTERIO

BIBLIOTECA CIENTIFICA

20. Cts.

2a. Serie - Volumen 23

Año 6
Nº 58

BIBLIOTECA CIENTIFICA

2ª serie
Vol. 23

Publicación de la EDITORIAL CLARIDAD

Dirección: Antonio Zamora

Oficinas y Talleres Gráficos: San José 1641.

Casilla de Correo 736. - B. Aires

Propósitos

Tiene por fin la Editorial Claridad con esta Biblioteca la divulgación en ediciones económicas de las principales obras que tratan el problema sexual desde el punto de vista científico. No obstante, se intercalan de vez en cuando obras que tratan otros problemas científicos. Si damos preferencia a la cuestión sexual se debe a la ignorancia que en general hay sobre esta materia, a pesar de ser el problema sexual uno de los tres problemas más graves e intrincados que la humanidad no ha resuelto todavía.

Nos anima un propósito cultural y en prueba de ello ajustamos el precio de estas ediciones a su costo más aproximado. Si no fuera así con el mismo material podríamos hacer ediciones para vender a uno y dos pesos como generalmente hacen otras editoriales.

Ninguna obra de las publicadas en esta colección ni de las que se publiquen es inmoral. A los que en tal sentido las consideren les decimos con el Dr. Ceresole, de Lausana, que a los que rehuyen todas las cuestiones sexuales considerándolas inmorales hay que responderles que un hecho o una verdad científica nunca son inmorales y que la hipocresía y el ocultamiento que prevalecen ahora respecto a tales materias sí lo son.

La Muerte y su Misterio

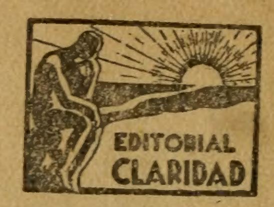
Camilo Flammarión

La Muerte y su Misterio

2a. EDICION



2a. Serie **BIBLIOTECA CIENTIFICA** Vol. 23



Este clisé puesto en una edición es la más absoluta garantía de que la obra está completa, bien corregida y esmeradamente impresa.

Si la obra no lleva el clisé de la

EDITORIAL CLARIDAD

la obra no ha sido publicada por la

EDITORIAL CLARIDAD

Fíjese bien y no se deje sorprender por las burdas imitaciones.

Editorial Claridad, S. A.

PROLOGO

Lector: Este pequeño volumen que se presenta a tu atención, encierra muchas y grandes enseñanzas sobre el mayor de los problemas que puedan preocupar a tu espíritu: tu propia supervivencia.

Si en algo estimas ati mismo, si en el fondo de tu ser late algo más que los mezquinos intereses y las deleznables cosas de la vida material, no puedes de ningún modo permanecer indiferente ante el pavoroso enigma de la Muerte. ¿Sobrevive el espíritu a la destrucción de nuestro organismo? ¿Qué será de él después de la Muerte? ¿A dónde van las almas de nuestros seres queridos? Y antes que nada, ¿existe el alma en una forma independiente del cuerpo material? Y si el alma sobrevive, ¿es posible a los muertos comunicarse con nosotros? He aquí la serie de preguntas a las cuales responde, con la autoridad única que le otorgan 60 años de estudio, investigación y análisis, uno de los sabios más preclaros de nuestra época: Camilo Flammarión. Los tres volúmenes que forman su monumental trilogía "La Muerte y su misterio", tratan de levantar, aunque sea una punta del velo que cubre el impenetrable misterio; es una obra abundante y cuidadosamente documentada, en la que el ilustre astrónomo de Juvisy, lejos de escrutar hechos para sentar teorías o hipótesis antojadizas, ha simplemente deducido éstas de la observación de aquéllos, y ha reunido un sinnúmero de fenómenos verídicos e irrefutables, apoyados en testimonios a toda prueba fehacientes, cuya sola coordinación y redacción le ha valido tres años largos de ininterrumpida labor.

Si te ha faltado el tiempo ó la oportunidad para dedicarte al estudio de aquella obra incomparable, aquí tienes, en las páginas que siguen, un extracto fidedigno de la parte teórica y filosófica que se deduce de los hechos observados, y sobre cuya capital importancia tú mismo has de juzgar, cualesquiera que sean tus convicciones actuales.

Y si esta lectura llegara a despertar en tu espíritu tan sólo una simple curiosidad, un pequeño deseo de estudio, tendiente a profundizar el tema trascendental de tu futura existencia y los humanos destinos, se habrán, entonces, plenamente llenado los únicos fines que tan noblemente persiguen los editores al efectuar esta publicación.

Alfonso Depascale.

PREFACIO

CAMILO FLAMMARIÓN
Y
EL PROBLEMA DE LA VIDA DESPUÉS DE LA MUERTE

Creemos hacer una cosa útil para la difusión de las nuevas verdades conquistadas, resumiendo los resultados obtenidos por la investigación, y que constan en los tres tomos de *La Muerte y su misterio,* publicados consecutivamente en 1920, 1921 y 1922. He aquí el sumario de esos libros:

I.—ANTES DE LA MUERTE

Error del positivismo materialista.—Dinamismo del Universo y del hombre.—Facultades intrínsecas del alma.—El mundo psíquico.—La voluntad que obra a distancia.—Transmisión del pensamiento.—El tiempo y el espacio.—Doble vista.—El conocimiento del porvenir.

II.—ALREDEDOR DE LA MUERTE

El doble de los vivos.—Apariciones experimentales.—El pensamiento productor de imágenes.—Escenas de moribundos vistas a distancia.—Anuncios de muerte.—Sensaciones telepáticas.—Fenómenos que acompañan a la Muerte.—Manifestaciones y apariciones en el momento de la muerte.

III.—Después de la Muerte

Manifestaciones y aparicientes de difuntos.—Difuntos que vuelven por asuntos personales.—Testamentos encontrados.—Revelaciones póstumas.—Clasificación de apariciones por orden de su distancia del momento de la Muerte.—Rehabilitación de los aparecidos.—Testimonios de identidad.—La supervivencia probada por la observación.—El Espiritismo.

Estos sumarios hablan de por sí de la capital importancia del trabajo. Siguiendo su acostumbrado método científico y racional, el autor ha empezado con los vivos, probando en primer término la existencia del alma como una entidad independiente del cuerpo, dotada de facultades psíquicas especiales, que de ningún modo es posible atribuir a combinaciones moleculares. Y ha terminado con las pruebas de la supervivencia.

A MI GRANDE Y VENERADO AMIGO

La obra admirable con la que usted acaba de consagrar el trabajo de toda una vida, tiene tanta importancia para la educación de las masas — (esa educación a la cual su espíritu de apóstol ha contribuído tan ampliamente, sin que por ello se viera jamás empequeñecido su pensamiento altamente científico — que yo he creído necesario difundir copiosamente el conocimiento de la misma.

Le agradezco el haberme permitido la realización de ese proyecto, y de haberme brindado el placer y el honor de colaborar modestamente con su esfuerzo de instrucción general: ese esfuerzo constituye para Vd. un título de gloria, un título para el agradecimiento público, sea de los humildes como de los más eruditos investigadores de la verdad.

Vd. ha conseguido infundir en muchos — primero por curiosidad, luego por cariño — el deseo de estudiar el cielo físico y los astros innumerables que pueblan la misteriosa inmensidad del Universo. Y ahora. su último libro de Vd., descubre a los ojos de las muchedumbres ansiosas, el derrotero de otro cielo, señalándoles el maravilloso horizonte del más allá de la vida.

Durante mucho tiempo, Vd. se había dedicado a esclarecer las mentes; en adelante iluminará los espíritus. Es Vd. el primer sabio francés, que rechazando la torpe y vacua chapa del materialismo, se atreve a hacer frente al error de una época, afirmando que la muerte no existe.

¡No existe la Muerte! Y afirmando esta certidumbre desde lo alto del imponente edificio de los hechos, que su paciente labor de más de medio siglo ha levantado, ha honrado Vd. la Verdad, recibiendo, a su vez, igual honor de la Verdad. Ha entrado Vd., vivo, en la Inmortalidad.

Ultimamente se ha glorificado, en plena Sorbona, la existencia suya, llena de un amor ardiente por la investigación científica, meta de los esfuerzos contantes de la humanidad. Nosotros, los espiritistas. sabemos cuánto le debemos a su hermoso coraje, a su clara y nítida visión de las facultades trascendentales del espíritu: nuestro pensamiento grato venera en Vd. al enviado electo del Espíritu de la Verdad.

París, 1922.

Juan Meyer.

La muerte es nuestro destino común. Las riquezas materiales se adquieren y se pierden. ¡Que tu vida se inspire en la más pura justicia! Sé intachable ante los otros y ante ti mismo. No desperdicies ninguna oportunidad para instruirte. Así tu vida se deslizará en una forma muy agradable.

Medita sobre estos consejos. Cuando te hayas compenetrado en ellos, llegarás a concebir la idea de Dios, de los hombres y de las cosas, y a darte cuenta de la unidad de toda la Naturaleza. Conocerás entonces esta ley universal, por la que, en el Universo todo, materia y espíritu son idénticos en principio.

Persiste en el esfuerzo de libertar tu alma, seleccionando juiciosamente y reflexionando sobre todas las cosas, para asegurar el triunfo de lo mejor que hay en ti, el Espíritu. Entonces, cuando tú hayas dejado tu cuerpo mortal, te elevarás en el éter, y ya no serás mortal, pues habrás adquirido las formas de un númen.

Pitágoras.

"El cuerpo no es más que el vestido orgánico del Espíritu: se gasta, se transforma, se disgrega: el Espíritu subsiste." - C. F.

LA MUERTE
SEGÚN CAMILO FLAMMARIÓN

Yo digo que la tumba que se cierra sobre los muertos
Abre el firmamento,
Y lo que aquí nosotros tenemos por fin
No es más que el comienzo.

Víctor Hugo, "Contemplaciones".

La última obra de Camilo Flammarión *La Muerte y su misterio*, es una documentación científica fundada sobre un conjunto de observaciones coordinadas durante más de medio siglo, de las que se ha utilizado tan sólo una décima parte, habiendo su redacción exigido no menos de 3 años de trabajo. Aquellos hechos, debidamente constatados, prueban que la muerte no existe, que no es más que una evolución, y que el ser humano sobrevive a aquella hora suprema, que está muy lejos de ser la última hora.

Mors janua vitae: la muerte es la puerta de la vida. El cuerpo no es otra cosa que el vestido orgánico del espíritu: se gasta, se transforma, se disgrega: el Espíritu subsiste. La materia es una apariencia para el cuerpo del hombre, como para todo lo demás. El Universo es un dinamismo: una fuerza inteligente lo gobierna todo. El alma es indestructible.

Un pensador escribía así a Flammarión, después de la publicación del 2º volumen de aquella obra: "Vuestro tercer tomo, ¿nos dará, sobre la supervi-

vencia del alma, aquella misma certeza que nos han dado, los dos primeros, sobre su existencia real? Si no nos da esa seguridad, no nos queda más que dejarnos arrebatar por la desesperación (1), viéndonos obligados a admitir que somos hijos del azar, que no hay verdades morales, ni justicia, y que ningún fruto recogeremos de todos los dolores de que está sembrada la vida. Una respuesta negativa de vuestra parte, sería la destrucción definitiva de todo aquello que constituye la nobleza de la humanidad". (*Carta* 4743).

Bien pues: la tan deseada afirmación ha sido ya pronunciada y los lectores han recibido aquella satisfacción que ansiaban.

Y, por otra parte, ¿no es este, acaso, el deseo secular de tantos pensadores, que así lo manifestaron en todas las épocas y en todos los idiomas del mundo? Es el grito mismo de la naturaleza, y la ciencia experimental nos trae hoy esa seguridad.

Los lectores que han tenido voluntad y tiempo para leer las 1265 páginas que forman los tres tomos de *La muerte y su misterio,* han llegado a la convicción que el ser humano posee en sí un elemento no incluído, hasta hoy, en las teorías científicas clásicas: el alma pensante, dotada de facultades especiales; y también que esta alma no sufre la misma disgregación del cuerpo, y que sobrevive a éste.

---

(1) En el momento de entrar en máquina, leemos esta trágica noticia en el "Intransigeant": "Bridgeport (E. Unidos), 13 octubre.—Raimundo " Bradley, estudiante, de 17 años, se ha suicidado hoy. En unas líneas que " ha dejado, explica que el principal motivo de su suicidio es que, después " de haber leído "Los Miserables", de Víctor Hugo, empezó a dudar de la " existencia de Dios." Es sabido que Víctor Hugo era profundamente espiritualista; el joven estudiante americano no debe haber comprendido, pues, al genial escritor francés, pero su trágica decisión pone bien a las claras uno de los peligros del ateísmo, el mismo que señalaba el corresponsal de Flammarión.—(N. del T.).

Las conclusiones a las cuales se llega en aquella obra, van más lejos aún de las publicadas anteriormente en "Lo Desconocido" (1900) y en "Las fuerzas naturales desconocidas" (1906). El autor ha procedido lenta y progresivamente en esta gradual elaboración.

Las certidumbres a que había arribado antes, eran las siguientes:

1º El alma existe como una entidad real, independiente del cuerpo;

2º Está dotada de facultades desconocidas aún para la ciencia;

3º Puede obrar a distancia, telepáticamente, sin la intermediación de los sentidos;

4º Existe en la naturaleza un elemento psíquico en actividad, cuya esencia permanece aún oculta para nosotros.

Hoy en día puede agregarse:

5º El alma sobrevive al organismo físico, y puede manifestarse después de la muerte.

Las comunicaciones entre los espíritus de seres vivientes, en todas las distancias, han sido comprobadas perfectamente; la telepatía es tan cierta como la existencia de Napoleón, el oxígeno y la estrella Sirio. Y bien; *esta comunicación telepática existe igualmente entre las almas de los difuntos y las de los vivos.*

Las más irrefutables pruebas no dejan ya lugar a dudas de que en el momento de la muerte, el alma (cualquiera que sea su naturaleza), obra a distancia de kilómetros y centenares y millares de kilómetros, sobre el espíritu de los vivos, produce ruidos y golpes variados, — a veces violentos, — y reproduce la imagen del muriente, en aspectos igualmente variados. Aquellas pruebas permiten afirmar también

la acción del espíritu después de la muerte: la encuesta abierta el año 1899, y continuada después, ha dado resultados plenamente convincentes.

Dado el conjunto de los hechos observados, y siendo tan concordantes, tan numerosos, tan precisos, puede llegarse a las siguientes conclusiones, apoyándolas sobre bases irrefutables:

1º Los seres humanos fallecidos, los llamados *muertos* siguen existiendo después de la disolución del organismo material.

2º Ellos existen en sustancias invisibles, intangibles, que nuestros ojos no alcanzan a percibir, que nuestras manos no pueden tocar, que nuestros sentidos no pueden apreciar, en las condiciones normales de costumbre.

3º Generalmente, esos muertos no se manifiestan. Su modo de existencia es completamente distinto del nuestro. A veces obran sobre nuestro espíritu, y en determinadas circunstancias pueden probar su supervivencia.

4º Cuando obran sobre nuestro espíritu, y, por tanto, sobre nuestro cerebro, nosotros los vemos y percibimos bajo formas sensibles: los vemos tales como los hemos conocido, con su indumentaria, sus gestos, sus maneras, su personalidad. Es nuestra vista interna que los ve; es una percepción de alma a alma.

5º No se trata de alucinaciones o visiones fantásticas. Son realidades: el ser invisible se torna visible.

6º Pueden igualmente manifestarse bajo formas objetivas.

7º En un crecido número de casos, las apariciones de los difuntos no son intencionales. El muerto no obra expresamente sobre el espectador; parece más bien que él conserva vagamente ciertas costumbres

que tenía en vida, y que merodea por los lugares donde ha vivido, o cerca de su tumba: pero no olvidemos que estas no son más que apreciaciones que hacemos nosotros desde nuestro punto de vista humano, y que la distancia no existe para los espíritus. Ondas eternas emanan de las almas. las que en contacto con el percipiente, se transforman en imágenes para el cerebro receptor que vibre sintónicamente.

8º Las apariciones y manifestaciones son relativamente frecuente en las horas inmediatas al fallecimiento: a medida que se aleja la fecha del mismo, su número disminuye y se atenúa paulatinamente.

9º Las almas separadas de sus cuerpos, conservan por mucho tiempo su mentalidad terrestre. Los que fueron católicos. no es raro que pidan oraciones: he aquí un hecho digno de observación y que sería importante analizar desde el punto de vista de la psicología humana y trascendental.

Estas declaraciones, recabadas del conjunto de los hechos observados, representan los casos en general de las apariciones de difuntos; pero hay casos distintos, hay variantes. y diversas excepciones. Pero el principio ya establecido es la certeza de una entidad persistente, de un dinamismo que continúa la personalidad.

Esas deducciones están basadas en la observación experimental: todos los investigadores imparciales que tengan espíritu serio de esta naturaleza, llegarán al mismo resultado.

No hay ruptura ni solución de continuidad entre esta vida y la otra; la personalidad no desaparece; hay, eso sí, una diferencia considerable de estado; no hay más bienes materiales, ni dolores físicos, ni enfermedades. Generalmente los muertos no se dan cuenta de su nuevo estado; sufren de sueño, tienen

ensueños incoherentes; a veces sus facultades se acrecentan. La maravillosa metamórfosis de los insectos, desde la larva a la crisálida y a la mariposa, nos da una idea lejana y torpe del fenómeno póstumo de la vida. Es la *Psiquis* que despliega sus alas; es la vida espiritual en el éter; la proyección de las facultades a través de la inmensidad. El espíritu desencarnado no está confinado en nuestro espacio, vive en la cuarta dimensión, en el "hiper-espacio".

Con mucha dificultad puede comunicarse con los vivos, para lo cual es menester entrar en nuestra esfera de actividad, penetrar en los cerebros, materializarse — por decirlo así, —y expresarse por medios mecánicos. La acción de los seres invisibles sobre nosotros es posible que sea más general de lo que parece y puede pasar desapercibida para la mayoría: en realidad estamos muy preocupados por las exigencias de la vida, para reparar en ella.

Hay que reconocer que estas manifestaciones póstumas no son las que esperábamos de acuerdo con nuestras observaciones terrestres de costumbre. Flotan al lado mismo de lo que nos parece que debería ser.

Es un mundo totalmente distinto, un mundo desconocido, inexplorado y de aspecto incomprensible, el que debemos estudiar, y del cual es difícil separar nuestra propia asociación de ideas terrenal.

Estas dificultades son para nosotros un obstáculo casi insalvable, y nos obligan a usar una reserva extrema en nuestra interpretaciones. ¡Cuántas objeciones se nos antojan! Parecería que nuestros más queridos amigos debieran estar a nuestra disposición y manifestarse continuamente. Seres de quienes esperamos un testimonio, permanecen mudos. En cambio, las manifestaciones son generalmente, de una

vulgar trivialidad y nada nos dicen sobre "el más allá". Los espíritus superiores que en cualquier ramo del saber humano, como ser filósofos, sabios, escritores y artistas, han contribuído al progreso de la humanidad, no han vuelto para instruirnos. Estas objeciones y cien otras más, obstaculizan nuestro leal deseo de conocer la verdad; mencionémoslas, sin renunciar, por ello, a nuestro estudio: por lo pronto, nos invitan a pensar que no hay entre los muertos más igualdad que entre los vivos: una infinita diversidad distingue los espíritus entre sí, desde los más elevados a los más humildes. Provisoriamente, todo cuanto podemos afirmar es que la disolución del cuerpo no suprime el espíritu y que, en determinadas circunstancias, éste puede probar su supervivencia. Conjuntamente con el mundo material, existe un mundo psíquico cuya realidad es tan segura como la del mundo visible. Ambos mundos se interpenetran.

Las comunicaciones más frecuentes son las de los parientes y amigos. Estos están a nuestro lado, o, mejor dicho, la distancia no existe para ellos; entonces, una circunstancia imprevista puede revelar su presencia.

Los difuntos manifiestan su supervivencia bajo los más distintos aspectos.

No olvidemos que estos son hechos tan reales como los que pasan en la vida diaria, y que nos colocan frente a manifestaciones póstumas, extremadamente variadas y casi todas inexplicables para nosotros. En ellas, van a menudo asociadas las ideas y creencias de los vivos, siendo difícil eliminarlas para saber a ciencia cierta lo que pertenece al otro mundo.

Lo que resulta con mayor evidencia de todas esas observaciones es que en nosotros hay un "algo" des-

conocido, negado, sistemáticamente, hasta hoy, por todas las torías científicas, y que ese "algo" sobrevive a la disgregación, del cuerpo orgánico, a la transformación de nuestra moléculas materiales, las que, por otra parte, y desde el punto de vista estrictamente científico, tampoco pueden ser destruídas. Que a ese "algo" se le llame "principio", "elemento", "átomo psíquico", "alma" o "espíritu", el nombre no importa mayormente. Las manifestaciones (intencionales o involuntarias) de los difuntos, prueban que esa fuerza intrínseca de cada ser, puede — en ciertos casos, y durante un período de tiempo más o menos largo, — ligarse con hilos sumamente tenues a la vida terrestre. Pero nada demuestra que sea esa precisamente la situación normal de todos los seres fallecidos.

El cambio que se produce entre la vida humana y el más allá de la muerte, implica una nueva adaptación del estado psíquico, muy difícil de poder ser comprendida por nosotros los encarnados.

Esas deducciones sobre la existencia de los espíritus más allá de la tumba, y su acción, son para Flammarión tanto más cierto en cuanto que le han costado más tiempo para constatarlas, comprobarlas y adoptarlas. Desde 1861 a 1922 median más de 60 años. Un estudio imparcial de tal portada ofrece en sí mismo una garantía de su valor científico; y sería lógico que quienes niegan aquellas observaciones pudieran oponerles un estudio de la misma naturaleza.

Las numerosísimas discusiones provocadas por tan complicado asunto, demuestran que generalmente los hombres no se han dado exacta cuenta de este formidable problema. Entre los intransigentes pueden anotarse dos categorías distintas: los católicos

intolerantes que están convencidos de conocer los elementos de la vida futura, — un cielo, un purgatorio y un infierno, — y que, sabiéndolo todo, nada tiene que aprender; y los materialistas, no menos convencidos de la inexistencia del alma, y que no ven otra cosa en todo esto, sino manifestaciones de la materia organizada. Por lo tanto, estas páginas no van dirigidas a ellos, puesto que no son imparciales, y partes de un criterio negativo "a priori". Pero los lectores libres, de cualquier prejuicio, podrían tal vez desear algunas aclaraciones indispensables para fundamentar su opinión personal.

Los hechos son innegables: las explicaciones no han sido halladas aún. Debemos confesar abiertamente que no conocemos nada que sea irrefutable en absoluto. Toda la ciencia humana se reduce a una percepción de relaciones entre las cosas aparentes: es como una isla minúscula en medio de lo absoluto incognoscible. Ya, desde el primer libro escrito por Flammarión ("La pluralidad de mundos habitados", 1862), este astrónomo ha insistido preferentemente sobre este punto primordial de la filosofía moderna. Véase, en efecto, el título "Relatividad esencial de las cosas", con que encabeza las páginas 249-253 de la mencionada obra, como también la siguiente afirmación:

"Toda la ciencia humana, desde el principio al "fin de nuestros conocimientos, *no es más que el es-"tudio de la relatividad* — No hay un solo punto "*absoluto*, en el edificio de nuestras ciencias, por es-"tupendo que éste nos parezca. El espíritu humano "trata de conocer las relaciones: ahí está todo lo que "él puede pretender, y el valor de nuestros conoci-"mientos resulta de la comparación de las cosas a "una unidad arbitraria tomada como base. La física

"del Universo, bajo la correlación de las fuerzas "que incesantemente transforman su acción a través "de la materia, no podría ofrecernos un solo elemen-"to estable que pudiéramos tomar como punto de "apoyo en nuestras investigaciones sobre la natu-"raleza".

Estas líneas fueron escritas el año 1862; el joven autor ni siquiera podía sospechar hasta qué punto el progreso de la ciencia las confirmaría, hasta el momento actual

Ha permanecido indescifrable para nosotros la esencia de las fuerzas de la naturaleza, y no porque la ciencia haya inventado términos y más términos, podemos afirmar de haber penetrado en el misterio.

¿Qué es la atracción universal? La atracción que ejercen entre sí los mundos está desde tiempo sometida al cálculo de los astrónomos. La atracción entre los espíritus, la comunicación invisible y la telepatía, existen con la misma realidad; y no cabe duda que algún día serán rigurosamente calculadas. Nada prueba que no sea también posible llegar a establecer comunicaciones psíquicas entre los mundos, entre Marte o Venus y la Tierra, entre las diversas tierras del Universo.

El espíritu lo gobierna todo, desde la más pequeña molécula hasta la inteligencia del hombre, según ya ha sido demostrado anteriormente (1).

Todo es material, menos el mundo del pensamiento que no es el mundo de la materia, pudiéndose afirmar por centésima vez, que el materialismo es un error insostenible. No es posible relacionar a una pura combinación mecánica de las moléculas del fierro y del carbono, el hecho de juzgar, reflexionar, afir-

---

(1) "Dios en la Naturaleza". - 1866.

mar, hacer deducciones. El mundo del pensamiento es un mundo completamente aparte. No se puede concebir que un conjunto de moléculas cualesquiera puedan llegar a pensar simplemente que dos más dos hacen cuatro, o a calcular que los tres ángulos de un triángulo son iguales a dos ángulos rectos. Sí, el materialismo es un error. Suponiendo como "substratum" del universo a fuerzas mecánicas inconscientes, ciegas y hostiles, se establece para el porvenir el aniquilamiento de toda vida, como consecuencia del enfriamiento planetario y la dispersión de la energía; mientras que el Espiritualismo nos muestra una potencia directriz, inteligente y moral, conservadora de todo lo ideal, y una evolución ascendente de todos los seres. Y, por último — bueno es repetirlo — ¿qué es en realidad la materia misma? No hay más que una diferencia de estado (no de naturaleza) entre un bloque de hielo y una nube. La palabra "materia" no deja de ser una mera palabra; mientras que el análisis de lo que ella sgnifica, presenta, hoy en día, aspectos de una futilidad fantástica. Según cálculos rigurosos y experimentos exactísimos, parece ser que un solo miligramo de radium contiene dos millones de trillones de átomos. ¿Y cuál es el tamaño de un átomo? . . . Ahora bien; el átomo se revela a su vez como un mundo, como todo un sistema de fuerzas. ¿Acaso el alma "inmaterial" no podía ser un mundo atómico? Materia y fuerza se confunden; es cuanto afirmaba ya Pitágoras, según lo que hemos transcripto en la portada de este libro.

El Universo visible está compuesto por elementos invisibles.

No hay nada que no sea digno de estudio; pero la humanidad está muy lejos de la preparación ne-

cesaria para el estudio integral de las cosas; ella no tiene ojos para mirar en la esfera del espíritu. ¿Hay que desesperar, por tanto, de alcanzar el progreso? El estudio analítico será largo, especialmente en el psiquismo; por consiguiente, todas las tentativas son dignas de aplauso.

El problema especial estudiado a fondo en esta obra, ha sido más de una vez examinado y discutido, con preferencia, en el campo espiritista. Un escritor convencido, de elocuencia convincente, el señor León Denis, ha publicado, en 1890, un libro notable, con el título "Después de la müerte. - Exposición de la filosofía de los Espíritus", que fué muy leído y mereció numerosas ediciones. Es una especie de nuevo Evangelio, fundado sobre el Espiritismo. Flammarión ha puesto el título de "Después de la Muerte" a la tercera parte de su trilogía, haciendo notar que sería imposible confundir su trabajo con el de León Denis, ya que el suyo es la tercera parte de una obra de conjunto, que representa una discusión científica independiente, a la cual el Espiritismo se encuentra asociado como elemento de examen y no ya como una doctrina.

El autor de "La Muerte y su misterio", se ha preocupado de no apartarse del método experimental, encerrándose en los límites de la ciencia pura.

Con frecuencia se opone la posibilidad de las ilusiones, alucinaciones y errores de impresión; a todas estas objeciones se ha contestado plenamente. Negarlo todo sería un absurdo imperdonable; a menos de pretender recusar todo testimonio humano, no es posible dudar de hechos suficientemente controlados. Ahora bien; no hay muchos hechos históricos o científicos que se hallen confirmados por un número tan crecido de testimonios. Suponer que todas esas per-

sonas hayan estado ofuscadas, alucinadas, o hayan sido víctimas de su propia imaginación, es una hipótesis del todo insostenible.

Nos hallamos ante un problema a resolver, tan obscuro. tan difícil, que por lo general se prefiere no enfrentarlo y negar todo. Pero, es que el no admitir los hechos porque no se es capaz de explicarlos, significa ser de una ingenuidad que ya no está más de moda. ¿Qué es lo que nosotros podemos explicarnos? ¿No nos paramos continuamente frente a un punto de interrogación? Pero un hecho es un hecho: no es posible salir de ahí.

Nadie tiene el derecho de afirmar que los muertos no vuelven nunca, que los fantasmas son siempre productos de la ilusión, y que las apariciones son todas mentiras. "No se muere" (como acaba de demostrarlo. a su vez, uno de nuestros más infatigables psicólogos contemporáneos, M. Chevreuil, en su obra especial). Pero lo que nosotros podemos constatar es que las manifestaciones de los difuntos no entran en el plano normal de la organización de la Naturaleza, y constituyen excepciones rarísimas.

La vida de ultratumba debe considerarse como separada de la nuestra, desde el punto de vista físico. Ambos mundos no se parecen entre sí, y nuestros ojos mortales no alcanzan a percibir el otro.

La observación de las cosas, tal como suceden, nos demuestra que los muertos, *generalmente,* no vuelven, y que las manifestaciones de ultratumba son excepciones. Hay que lamentarlo, por la justicia y las falsas lecciones de la historia, sea particular como general; pero es un hecho observado.

El sistema del mundo moral se rige por leyes, como el sistema del mundo físico; pero nosotros no conocemos aquellas leyes. Hay muchísimo que estu-

diar; se trata de un mundo muy distinto del nuestro, al que nosotros, con nuestro modo terrestre de pensar, quisiéramos ver marchar diferentemente. ¿Es posible que, después de ciertos crímenes, no se tengan que hacer oír protestas, producirse revelaciones, ejecutarse venganzas? (Justamente deberíamos — por ejemplo — extrañarnos, para no mencionar sino un acontecimiento reciente, que las once mujeres y el jovencito asesinados por Landrú, hayan permanecido obstinadamente mudos durante todo el largo proceso de aquel monstruo vanidoso e infame). El silencio general de las víctimas — no hay que disimularlo — constituye uno de los más grandes escollos que ve alzarse ante sí nuestra leal y desapasionada investigación. Por desgracia, los fenómenos psíquicos se presentan invariablemente en forma espontánea; es inútil provocarlos con el deseo: se trata siempre de *observación* y no de *experimentación*, diferencia que casi siempre se olvida. Los fenómenos, pues, son espontáneos: se les constata, no se les provoca. Muchos profesores de la Sorbona y del Colegio de Francia declaran que no es admisible un fenómeno sino cuando se le puede reproducir en un laboratorio. He aquí una afirmación absolutamente errónea: una estrella filante, un bólido, un aranolito, una tempestad, una perturbación magnética, una mancha solar, son cosas que es imposible reproducir a voluntad. Así, pues, por el hecho de resultar imposible contralorear un fenómeno metapsíquico, no se está autorizado para negar su autenticidad. Una celebridad médica ha informado que uno de sus clientes se enfermó gravemente y estuvo a un paso de la muerte, a raíz de una manifestación póstuma, habiéndose negado terminantemente a autorizar que se mencionara su nombre, por lo que el hecho ha quedado

cubierto por el anónimo; hay que tomar las cosas como son.

Si, pues, por una parte la supervivencia del alma puede considerarse como demostrada por constataciones positivas, debemos igualmente reconocer que las pruebas son raras, excepcionales y a menudo incomprensibles. Mas, repetimos, comprender una cosa, y explicarla o no, no tiene ninguna importancia desde el punto de vista de la realidad. ¿Hay o no hay manifestaciones de difuntos? Este era el problema planteado: y *la respuesta ha sido afirmativa.*

Por el conjunto de las observaciones hechas, tenemos la impresión que las manifestaciones ostensibles de los difuntos no son frecuentes; mas, ¿quién podría probarnos que ellos no influyen sobre nuestro espíritu, y que de ellos no provengan muchas de nuestras ideas que nos parecen personales? Es posible que, sin que lo sospechemos, se hallen cerca de nosotros seres que nos aman, influyendo sobre nuestras almas por vibraciones armónicas.

El mundo invisible nos rodea, las fuerzas desconocidas son más numerosas que las conocidas, las ciencias están en sus comienzos y lo que se sabe representa — bueno es repetirlo — tan sólo una pequeñísima isla en medio del océano inexplorado. Desde un cuarto de siglo a esta parte, los inesperados descubrimientos de la física y del ocultismo nos hacen presentir la existencia de panoramas insospechados, que se vuelven ya accesibles a nuestro espíritu mejor preparado, después de haber dormitado durante siglos, sobre la indiferencia de la ciencia oficial.

No sabemos hacernos la ilusión de establecer relaciones con los muertos en el mismo modo que con los vivos; ellos no poseen un cuerpo material, do-

tado de sentidos de percepción física. Seres distintos, mundo distinto. Las comunicaciones entre los vivos y los muertos presentan caracteres muy variados y muy enigmáticos.

*
* *

¿Dónde se encuentran esas almas? ¿Continúan en contacto con los seres que han amado? ¿En qué se ocupan? ¿Se alejan de la Tierra? ¿Se hallan en un sitio determinado del espacio? ¿Se reencarnan? ¿Acaso la pluralidad de existencias del alma complementa la doctrina de la pluralidad de mundos habitados?

He aquí un problema más que va aparejado al primero y que es imposible acometer, sin antes solucionar el otro. ¿Es posible resolverlo por el método científico que ya ha permitido resolver el primero? Son otras tantas cuestiones que se suman a las ya estudiadas.

Desde luego, los hechos que se exponen en el libro "La Muerte y su misterio", demuestran que nuestros queridos muertos quedan, por algún tiempo, cerca de nosotros, y se manifiestan siempre que las circunstancias se lo permiten, si bien ni el espacio ni el tiempo no significan para ellos lo que para nosotros, y vivan en la cuarta dimensión, en el hiper-espacio. Las manifestaciones materiales son oficiales y raras, pero las asociaciones psíquicas pueden realizarse con frecuencia. La reencarnación, que parece ser una ley general, no se verifica de inmediato. Es posible que los espíritus superiores se vean transportados por su mismo deseo hacia otros mundos, adecuados a su evolución. El sistema del mundo moral — ya lo hemos dicho — se rige por leyes, al par que el sistema del mundo físico.

¿Cómo podríamos nosotros imaginarnos la ma-

nera de ser de un difunto? He aquí un estudio largo y complejo, que ya fué objeto de investigaciones para Flammarión, desde la época en que escribió "Urania" (1899).

Lo que él escribió en aquel entonces, lo sigue sosteniendo, después de más de 20 años de ininterrumpidas experimentaciones, y su manera de pensar ha sido confirmada y amplificada por el progreso de las ciencias psíquicas, los descubrimientos prodigiosos de las ondas hertzianas, de la telefonía sin hilos, y por las nuevas observaciones sobre telepatía y transmisión del pensamiento.

Un espíritu puede influir sobre otro a distancia: esta acción mental se traduce, en el cerebro receptor, por una imagen que se le aparece como si fuera exterior. En realidad, no hay ropaje, ni mucho menos cuerpo, aunque sea el etéreo u astral; no hay más que una impresión cerebral que se transforma en imagen. La imagen que nosotros vemos reflejarse en un espejo, no es real, aunque como tal le parezca, a primera vista, a un niño o a un perro.

La sugestión de un espíritu encarnado sobre otro espíritu también encarnado, siendo hoy admitida en las teorías científicas, ¿sería lógico negar la misma facultad al alma libertada de los vínculos materiales del organismo, puesto que su supervivencia ya ha sido demostrada? ¿Es acaso una temeridad el suponer que un espíritu desencarnado pueda manifestarse a un ser viviente y aparecérsele sugiriéndole una forma, un aspecto, conocido o no por el percibiente?

Ya pudimos leer (en 1900), en el libro "Lo desconocido", y a propósito de las apariciones:

"No es necesario suponer que el alma del mori-
" bundo se traslade hacia el sujeto impresionado.
" Puede ser que no haya en eso más que una irra-

" diación, una modalidad de la energía, aún desco-
" nocida, una vibración del éter, una onda que va
" a herir un cerebro, dándole la impresión ilusoria
" de una realidad exterior. Del resto, todos los obje-
" tos que nosotros vemos, es tan sólo por imágenes
" que se vuelven sensibles y son percibidos por nues-
" tro espíritu."

Lo que Flammarión afirmaba en aquel entonces por intuición, hoy en día lo vemos convertido en una verdad tangible.

Por una circunstancia histórica digna de atención, nuestras actuales constataciones metapsíquicas coinciden con uno de los más asombrosos descubrimientos de la ciencia física: la radio-telegrafía y radio-telefonía. Un espectáculo, un concierto, un discurso, son vistos y oídos a centenares de kilómetros de distancia, recogidos por un simple aparato receptor, sin que sean transmitidos por ningún hilo. En pleno océano, los pasajeros y equipaje de un buque pueden ver y oír una escena representada y cantada en París.

Nuestro autor había ya anunciado este progreso en su obra "Lumen" (1866), habiéndolo también representado con una imagen muy expresiva en "El Fin del Mundo" (1893), en la página 273, donde puede leerse la siguiente profecía:

"El telefonoscopio hace conocer en todas partes
" los acontecimientos más importantes y de mayor
" interés. Una obra de teatro, ejecutada en Chica-
" go o en París, es oída y vista desde todas las ciu-
" dades del mundo."

El genio de los inventores ha realizado, en nuestra época, ese progreso, y nos coloca, desde hoy en adelante, en condición de comprender lo que son las

transmisiones telepáticas, negadas hasta hace poco tiempo atrás.

Podemos ahora intentar de llegar a descubrir en qué consisten las apariciones, cuya autenticidad ha sido suficientemente demostrada. ¿Cuál es su naturaleza? ¿Los fantasmas son efectivamente reales? Y en primer lugar: ¿qué es la realidad? ¿Dónde se apoya el criterio de nuestra certidumbre?

Se contesta: lo que es *objetivo*, fuera de nosotros, es real; lo que es *subjetivo*, en nuestras sensaciones, no es real.

Esta apreciación es muy discutible. Una sensación interna puede corresponder a una realidad, especialmente en lo que atañe a los fenómenos psíquicos. Un amigo muere lejos de vosotros; *se os aparece*, en sueño o de otro modo, y os anuncia su muerte, os comunica que acaba de ahogarse, o de ser aplastado por un tren, o de haber sido asesinado: lo veis chorreando agua, miráis sus heridas aún abiertas; en una palabra, su imagen responde a una realidad. Aquí tenemos una sensación subjetiva, que trae aparejada una realidad innegable.

La otra parte del dilema también es discutible. Se dice que es real lo que es objetivo, exterior a nosotros. Y bien; ¿dónde está la realidad del arco-iris que vosotros veis y medís, analizáis y fotografiáis? Aquello no es más que un fenómeno de óptica. Vuestro vecino ve un arco-iris distinto del que vostoros veis; vuestro ojo derecho no ve el mismo que ve vuestro ojo izquierdo . . . ¿Dónde está, pues, la realidad del arco-iris? ¿Dónde la del paisaje, creado por la atmósfera en el fenómeno del miraje? ¿Y ese bastón que veis quebrado en el agua por efecto de la refracción, ¿acaso no es una apariencia?

Son estas consideraciones que deben servir de guía a vuestro criterio.

Sí, pues: los fantasmas son reales. Pero, ¿en qué consiste su realidad?

El padre de la señora Ballet-Gallifet, fallecido dos años antes, bien que se le apareció a su hija, a su yerno y a su perro, en su casa de Lyon; Roberto Mackenzie muy bien que vino a decir a su patrón que él no se había suicidado; la joven muerta de cólera en Saint-Louis, cuyo rostro había sido arañado por la madre, mientras la componía en el ataúd, — bien que se le apareció a su hermano, en pleno día; el clérigo cantor Russel, bien que se hizo ver, por su colega que ignoraba su muerte, con un cuaderno de música en las manos; la señora Bellamy, bien que fué vista por su esposo, su hija y su gobernanta; ni es menos cierto que un padre se le apareció a su hija para hacerle pagar una deuda que ella no conocía; y es innegable que la voz del padre fué oída por su hija, revelándole el escondite donde se hallaba una suma de dinero; y está fuera de dudas que el capitán de bajel Drisko fué salvado por su amigo Burton, en el mismo momento que estaba por naufragar, etc., etc. Nos limitamos a estas pocas citas, entre los innumerables casos expuestos en el tomo III de *La muerte y su misterio.*

Es absolutamente evidente que no se trata de ilusiones producidas por el cerebro de los mismos espectadores. Los fantasmas de los difuntos existen, se muestran, se manifiestan. Se les ha visto de frente, de perfil, en forma oblicua, reflejados en los espejos, en un todo de acuerdo con las leyes de la perspectiva. Ni es errado pensar que algunos de ellos poseen cierta materialidad, como el doble de los vivos que ha sido posible estudiar, puesto que se le foto-

grafía. Trátase, pues de algo análogo a una presencia real.

La transición entre el mundo visible y el invisible es difícil de comprender, aún desde el punto de vista esencialmente material del estado atómico.

Lo que llamamos materia, no es más que un conglomerado visible y ponderable de átomos invisibles e imponderables. Una misma substancia, con intervalo de pocos minutos, puede ser visible e invisible.

Observad la formación de una nube, en verano, y su rápido desvanecer en el azul del cielo, y os convenceréis de esta metamórfosis. El fuego consume un objeto material y lo reduce en vapor, en moléculas invisibles e imponderables. El aire, el agua, el carbono, el ázoe y los otros elementos, se vuelven tangibles en el cuerpo viviente que han formado, lo mismo que en los cuerpos inorgánicos. Para nuestros ojos y nuestros sentidos, un pedazo de mármol, de hierro, un ser humano, un animal, un árbol, es sólido, denso y resistente. Para la electricidad, la atmósfera ofrece una resistencia, mientras que un metal es conductor. Para los espíritus superiores a nosotros, dotados de otras formas de percepción, este materia sólida puede parecer irreal, mientras que los pensamientos pueden presentar, a su facultad perceptiva habitual, la única realidad analizable.

Esta no es una hipótesis puramente gratuita: en la naturaleza terrestre, accesible directamente a nuestros sentidos, en el mundo animal — especialmente en los insectos, — que nosotros calificamos como seres inferiores, pueden notarse facultades de penetración muy superiores a las nuestras, muy diferentes, desconcertantes e incomprensibles, y que los entomólogos menos fantásticos pueden atestiguar como hechos científicos, asombrosos e inexplicables.

El mundo psíquico, invisible y real, nos parece ya como algo irrefutablemente comprobado. Indudablemente, hoy día nosotros tenemos:

"La sinrazón imperdonable de tener demasiada razón", pero un futuro no lejano acabará con resolver definitivamente el problema.

Por otra parte, las observaciones especiales estudiadas en *La muerte y su misterio,* tomo III, nos hablan de fenómenos físicos incontestables, movimientos de muebles, golpes, timbres agitados, objetos quebrados, etc. A menudo, esos ruidos vulgares, ese golpear de muebles, ese sonar de timbres, esas sillas, esos vasos, esos pasos, nos extrañan por su banalidad.

Pero, ¿es que debemos figurarnos la vida futura tal como la describieron Platón, Confucio, Cakya-Mouni y Jesús? La vida normal de ultratumba, ¿debe únicamente representar para nosotros un mundo de espíritus nobles y elevados? ¿Es que los hombres difieren mucho, el día después, de lo que era la víspera? Y nosotros, harto sabemos lo que es la enorme mayoría de los hombres, desde el Africa ecuatorial hasta los polos.

Hay una inclinación a pensar que los muertos son superiores a los vivos, y creerlos todos teósofos instruídos por Zoroastro, Manú y Krichna, en marcha progresiva hacia el Nirvana, y conscientes de su Karma. Es una idea errónea; ningún testimonio prueba aquella superioridad. ¿Qué pueden ser, después de la muerte, las mayoría de los indígenas de nuestro planeta? ¿No vemos acaso que casi todos piensan tan solo a satisfacer las necesidades de su cuerpo, y jamás se preocupan del espíritu? Es la máquina humana gobernada por un alma engolfada en la materia.

Un antiguo error cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos y que las religiones sucesivas se han ido trasmitiendo a través de millares de años, ha hecho arraigar la creencia que las almas de los hombres, libres ya del cuerpo, por el mero fenómeno de la muerte que se verifica en ellos, se vuelven instantáneamente espíritus elevados y puros. Es un error parecido a aquel otro, por el cual se cree que el cielo es una residencia paradisíaca, que ninguna sombra, ninguna turbación alteran jamás, cuando la astronomía moderna nos enseña que la inmensidad de los cielos es teatro de formidables cataclismos. Nuestros telescopios nos confirman continuamente esta verdad innegable.

Una vez dejada la vida terrestre, el alma no se vuelve por ello angelical; la muerte no puede trocar en omniscente a un hombre vulgar; el alma humana —ya lo hemos dicho antes, — no puede acusar diferencia sensible, el día después de la muerte, de lo que ha sido la víspera; el ignorante no puede adquirir una ciencia que no ha aprendido con el estudio, ni el idiota volverse inteligente; como tampoco la guillotina podrá convertir un bandido en santo. De ahí podemos argüir que la mayoría de los difuntos no son intelectualmente superiores a la mayoría de los vivos.

En el conjunto de nuestro globo, mueren aproximadamente cien mil personas por día. La inmensa mayoría de estos seres difuntos representan nómadas inconscientes; la atmósfera se halla repleta de ellos.

Parece ser que las almas poco evolucionadas, en estado — por decirlo así — embrionario, se quedan por algún tiempo en la atmósfera, y la mayor parte de las mismas son inconscientes. Constituyen un medio cósmico de conciencia difusa que, a veces, y en

determinadas circunstancias, se amalgama con la subconciencia individual de los vivos, y que, en los médiums, se traduce en algunos fenómenos espiritistas ya observados. Si así fuese — como parece probable — la composición de la atmósfera asumiría para nosotros un carácter sensiblemente distinto del que presenta un simple análisis químico y podría de finirse como sigue:

Azoe	78,1
Oxígeno	20,9
Vapor de agua (variable según los lugares y la temperatura).	
Hidrógeno . (aumenta con la altura), considerable a 300 km.	
Acido carbónico	0,03
Argon	0,00937
Neon	0,0015
Helio	0,0005
Kripton	0,0001
Xenon	0,000005
Microbios innumerables, por billones, invisibles, iones, electrones, átomos, dinámicos.	

Elementos psíquicos, imposibles de medir.

No es posible pretender, por ahora, que la última de estas anotaciones, quede incluída en los tratados científicos.

Nosotros no respiramos tan solo materialmente, pero también en un ambiente mental que ejerce una

cierta influencia sobre nuestra salud física y moral.

Muchos incidentes de nuestra vida, que acostumbramos atribuir al azar, no son fortuitos. Hay corrientes psíquicas, comparables a las corrientes magnéticas, cuya existencia viene confirmada por numerosas observaciones de coincidencias exactísimas. El antiguo adagio "las ideas están en el aire" no andaba muy lejos de la realidad.

El mundo psíquico que intentamos descubrir es inmenso y sin límites.

Sobre el estado del alma después de la muerte y la vida futura, se han hecho incalculables hipótesis. desde los Arios del tiempo de Roma, desde los Griegos del tiempo de Homero, Hesíodo, Pitágoras y Platón; desde los Egipciones de los hipogeos faraónicos; desde los Hebreos del tiempo de Moisés; desde los Hindúes del tiempo de Buda; desde los Druidas de los dolmanes de la Galia; desde Cristo y los Evangelios; desde Mahoma y el Corán hasta los discípulos de Swedenborg, a los espiritistas, a los teósofos y hombres de ciencia del siglo XIX y XX. Se han descrito los Campos Eliseos, el paraíso, el infierno, el purgatorio, el limbo, la morada de los muertos, los planos celestes, los arcanos del espacio, los mundos ultra terrestres, los viajes etéreos, la palingénesis, la reencarnación, la pluralidad de las existencias del alma; se han imaginado todo un universo inexplorado, en cuya comparación las sugestivas representaciones esculturales de nuestras catedrales no son más que unas débiles imágenes antropomórficas.

Los analistas enumeran alrededor de cincuenta religiones, o, por mejor decir, creencias religiosas distintas, cada una con sus dogmas particulares sobre la vida futura; y lo malo es que no van de acuerdo ni entre sí, con aquel poco de ciencia positiva

que podemos poseer. Con todo, es bueno no olvidarse de esta notable opinión de un profundo pensador, como lo es Claudio Bernard: "Estoy convencido — "escribía — que vendrá un día en que el fisiólogo, "el poeta y el filósofo hablarán el mismo lenguaje, "llegando a entenderse perfectamente entre ellos". Y lamentemos, con Eduardo Schuré, que la ciencia y la religión se hayan colocado en un terreno de irreductible enemistad, lo que no deja de ser un error. Dos verdades no pueden oponerse entre sí. Sabemos solamente lo que hemos aprendido. Por ejemplo, es sabido que la tierra gira sobre ella misma en el témino de 24 horas, y en torno al sol en un año; he aquí una verdad adquirida, irrefutable, archicomprobada. Lo que la ciencia positiva ha establecido en forma definitiva, es irremovible. Debemos pensar que las ideas religiosas evolucionarán progresivamente y los conflictos entre la ciencia y la religión, magnificados por Spencer y otros nacionalistas, se han de disipar, como las brumas de una mañana de estío con los primeros rayos del sol.

A veces se pregunta: ¿Dónde están las almas de los muertos? Las diferentes religiones tienen otras tantas diferentes opiniones sobre la vida futura. Los cristianos protestantes han adoptado el cielo y el infierno; los católicos, entre el primero y el segundo, han interpretado el purgatorio; los judíos no se pronuncian en forma concreta, pero creen en los ángeles; los musulmanes esperan un paraíso más bien sensual; los budistas ver el Nirvana como punto final en el horizonte celeste de nuestro destino; los Griegos creían en los Campos Eliseos y en el Tártaro; los Egipcios tenían "amet" y el "doble". En el fondo de todas estas ideas se trasluce claramente el antropomorfismo.

En las figuras esculturales de las tumbas galoromanas, vemos a menudo la luna, representada por su cuarto creciente (visítese especialmente el Museo de Laugres) ; y la idea que las almas de los difuntos fuesen transportadas a la luna, ha predominado durante mucho tiempo. Los cristianos se opusieron rápidamente a esta creencia, y es así que en las homilías de los primeros siglos de nuestra era, leemos con frecuencia esta afirmación: "Nec in luna incolunt": ellos no habitan la luna.

La cuestión del lugar, no puede regir para el alma, como rige para el cuerpo; el espíritu no ocupa lugar. Sin embargo, debemos confesar que no llegamos a concebir ninguna forma ni aspecto de cosas, afuera de nuestros sentidos.

Educados los cristianos con las ideas e imágenes de la antigua teología astronómica del tiempo de los apóstoles, de los evangelistas, del apocalipsis, de los Padres de la Iglesia, que predicaban el paríaso de los justos, de los santos y de los ángeles, la bajada de Jesús a los infiernos, la ascensión la Asunción, la Trinidad, y el coro de los electos, ellos se preguntan, muy naturalmente, adónde han ido a parar sus queridos muertos, y tratan de imaginarse el lugar donde aquellos puedan residir. Es muy difícil—para no decir imposible, — librarnos de las ideas terrestres sobre el tiempo y el espacio.

Mientras tanto, el alma humana, ya fuera de la vida, se ve libre de estas contingencias relativas al mundo material.

La astronomía ha sido siempre asociada a las especulaciones filosóficas y religiosas sobre la vida futura. Y no podía ser de otro modo: el sistema del mundo físico es un reflejo del sistema del mundo espiritual. La asociación de ambos órdenes de ideas

es inevitable. ¿Qué significa la expresión: "Estar en el cielo"? Todo está en el cielo: la Tierra que nosotros habitamos es un astro del cielo, igual que Marte, Júpiter, Saturno, Sirio o Vega. Las esferas del Dante, los coros de los querubines, los Tronos y las Potencias, las asambleas de los electos, la dominación suprema de la Trinidad, no pueden concebirse más que como formas simbólicas. No es allí donde se circunscribe la vida eterna. Hoy día sabemos que en el Universo no hay altos ni bajos. Si se presenta en uan figura la Ascención de Jesucristo, esa figura podía tener un sentido en la época en que se creía que la Tierra era plana y formaba la base del mundo, estando el infierno en las regiones inferiores (inferos) y el cielo en los altos. Hoy, esa figura carecería de sentido, puesto que doce horas después representaría una caída vertical de Cristo, cabeza abajo.

¿Qué es, pues el cielo? Es el espacio universal, es naturalmente para nosotros la Vía Láctea, de la que nuestro planeta es una minúscula aldea, de la que nuestro sol es una estrella, y que se compone de mil millones de soles, presentando su extensión a los cálculos modernos un diámetro que alcanza a 300.000 años-luz, cada uno de los cuales corresponde a 9.467 billones de kilómetros.

Las esculturas de nuestras hermosas iglesias góticas nos muestran en todas partes, imágenes del universo cristiano, del juicio final, del cielo y del infierno, que en nada absolutamente corresponden a la realidad.

Durante siglos y siglos, la doctrina cristiana ha enseñado la resurrección de los cuerpos (Credo resurrectionem carnis): es un artículo de fe. En su epístola a los Romanos, dice San Pablo (VIII, II): "El Espíritu de Aquél que ha resucitado a Jesús

"Cristo de entre los muertos, dará también nueva "vida a vuestros cuerpos mortales".

Ha sido impuesta tal creencia, en forma precisa e indiscutible. Es el cuerpo — que ha vivido, sufrido y gozado durante toda la vida, — que despertará el día del juicio final, y resucitará. Cristo aparecerá en el Oriente, anunciado por los clarines de los ángeles; los muertos se levantarán de sus sepulcros, que precisamente han sido orientados en modo que, al levantarse, los muertos miren hacia el este. Tal es la ordenanza que regía en los cementerios cristianos, ahora fuerza de costumbre, debido al entibiarse de la fe, enterrándose hoy dío los cadáveres como mejor cuadre, del mismo modo que se dejó también de orientar y las iglesias. Con todo el principio establecido por el "Credo" es absoluto: es tan indiscutible como inaceptable. Ahora bien, a menos de humillar totalmente su razón ante un dogma contradictorio, ningún hombre instruído, inteligente y leal, puede admitir la resurrección de los cuerpos, cualquiera que sea la pseudo-interpretación científica que quiera dársele; esas son ideas de otra época.

En cuanto a la leyenda de las penas eternas del infierno, donde los cuerpos de los condenados debían sufrir para siempre, difícilmente llegamos a concebir que pueda haber un raciocinio humano en las enseñanzas de la Iglesia, cuando leemos en Boussuet frases como estas: "Así, siempre vivos y siem-"pre moribundos, inmortales para sufrimientos, de-"masiados fuertes para morir, y demasiado débiles "para poderlos soportar, ellos gemirán eternamente "sobre lechos de llamas, consumidos por atroces e "irremediables dolores".

He aqué de lo que lo han creído capaz, algunos creyentes, al "Buen Dios", creando a las almas hu-

manas! ¡Cual aberración y cual blasfemia!

¡Cuerpos humanos resucitados! La idea en sí es insostenible. La vida extra-terrestre se desarrolla en condiciones totalmente distintas de la vida terrestre: no hay comparación posible. ¿A qué podrían servir organismos como los nuestros? Aquel es un estado sin relación ninguna con las exigencias vitales de nuestro planeta Con toda seguridad, ellos no son más tributarios del tubo digestivo que nosotros. ¿Tendrán otro cuerpo? ¿Serán seres fluídicos? En ese otro mundo, no se ve ni Adán con Eva, ni Marte con Venus. "Neque nubent, neque nubentur", dice el Eevangelio. Nosotros no podemos representarnos formas desconocidas, y — lo repetimos — la cuestión queda insoluble. ¿Podemos nosotros imaginarnos simplemente la mentalidad de un alma, libre de las impresiones terrestres? Si la oruga pudiera pensar, tampoco podría concebir la vida de la mariposa, no importa que se trate de su misma individualidad. Y en cuanto a la memoria, en el supuesto caso que la mariposa la tuviese, ¿podría acaso acordarse de su anterior estado?

A pesar de las dificultades, contradicciones y antítesis, notemos que la religión cristiana se halla de acuerdo con el Budismo y sus cuatrocientos millones de creyentes, implorando en las plegarias, el eterno descanso para sus muertos. Requiem aeternam dona eis, Domine! Este descanso se parece demasiado al Nirvana, al aniquilamiento.

Pero, es que esta inmovilidad no existe en ninguna parte; el universo es un dinamismo gobernado por el espíritu, y la materia no es más que una apariencia, puesto que los átomos obedecen a la energía; todo avanza, todo está en movimiento en el infinito; Dios — el Incognoscible — rige todas las cosas,

desde las más infinitamente grandes, hasta las más infinitamente pequeñas. La vida futura hace parte de ese conjunto: por otra parte esta denominación de "vida futura" es relativa y antropomórfica, desde el momento que lo que para nosotros es futuro, es actualmente presente para nuestros antepasados, y la época en que ahora vivimos será "pasado" en un porvenir muy cercano. Hablando propiamente, no existe más que un eterno presente. Aquellos que vivieron cien años atras, se encuentran actualmente en la "vida futura" que se ha vuelto "presente" para ellos, y dentro de cien años, esta vida actualmente futura para nosotros será presente.

Un gran número de observaciones nos llevaría al convencimiento de la permanencia o simultaneidad de todos los fenómenos que se produjesen en un ser universal, completamente ajeno a nuestras ideas sobre el tiempo. El porvenir estaría a su vista, igual que el pasado: es como si hubiera un perpetuo presente. En la eternidad inmóvil, el tiempo no existe: lo hemos ideado nosotros para nuestras relaciones con los movimientos de la Tierra.

Si nosotros no tuviéramos la sucesión de los años, de las estaciones, de los días y de las noches, en vez de nuestros calendarios, nuestros días, horas, minutos y segundos, reinaría la inmóvil Eternidad.

En el espacio absoluto, no existe el tiempo. Cada planeta crea y se mide su tiempo para sí mismo; en Neptuno el año es igual a 165 de los nuestros, en Urano a 84, en Saturno a 30, en Júpiter a 12. El día en Marte dura 24 horas y 39 minutos, el nuestro podría durar tanto o mas, y siempre serían días para nosotros.

Considerado en sí mismo, el tiempo no existe; y no teniendo el tiempo una existencia real, el por-

venir y el pasado son presentes; todos los acontecimientos son determinados por las causas que los producen; la voluntad humana forma parte de las fuerzas activas de la naturaleza.

Esta no es una teoría: es un hecho de observación confirmado por una gran cantidad de acontecimientos futuros previstos con anterioridad.

Tanto el análisis metapsíquico como la observación establecen. por tanto, que el tiempo no existe en sí mismo, que es posible prever los acontecimientos futuros, y que todo es presente.

Y no existiendo el tiempo, lo que queda de nosotros después de la muerte. el alma, el espíritu, la entidad psíquica — cualquiera que sea el nombre que se le dé y como quiera que sea su naturaleza — deja ya de pertenecer a lo que nosotros — durante la vida — llamamos tiempo. Para el ser pensante que sobrevive, no hay más ni años, ni días, ni horas. Lo relativo ha sido sustituído por lo absoluto. Lo que hay en el fondo de las apariencias, "la cosa en sí" de que habla Kant, la esencia propia, nada tiene de común con nuestras ideas del pasado y del porvenir, y un acontencimiento cualquiera puede ser percibido lo mismo antes de que tenga lugar, que después. Para un ser colocado fuera del tiempo, nuestras ideas terrestres del pasado y futuro no tienen más el mismo significado: "ayer y mañana" son iguales que "hoy".

Mientras tanto, hay continuidad. Lo que nosotros llamamos supervivencia del alma, no debe entenderse solamente como la conservación de un átomo psíquico indestructible, sin conciencia alguna de sí mismo, pero sí con la persistencia de la misma identidad pensante, dotada de memoria.

El alma es una sustancia invisible, impalpable,

imponderable, fuera del alcance de nuestras observaciones físicas. Ni nuestras medidas del espacio ni las del tiempo pueden aplicársele.

Ella puede manifestarse a centenares y millares de kilómetros de distancia, como lo prueban los innumerables casos publicados en los 3 volúmenes de "La Muerte y su Misterio".

Así, pues, y resumiendo, el espacio y el tiempo no existen en la forma que los presentan nuestros sistemas de medición. Es lo infinito, la eternidad. La distancia que media entre la Tierra y Sirio, no es — con respecto al infinito — mayor que la que separa vuestra mano derecha de la izquierda. La electricidad nos tienen ya acostumbrados a las transmisiones rápidas entre las distancias: las radiaciones luminosas emplean menos de 2 segundos para cubrir la distancia que media entre la Tierra y la Luna. Pero hay transmisiones que pueden calificarse como instantáneas.

Por otra parte, el espacio no es como a nosotros se nos figura. Nuestras mediciones prácticas se hacen sobre tres dimensiones, sobre el cubo formado por la longitud, la anchura y la altura; pero hay una cuarta dimensión que es el "hiper-espacio". La fuerza de la gravitación que no se ejerce en las superficies y sí penetra en los cuerpos, la acción electro-magnética del éter, y la química molecular, revelan la 4ª dimensión. Las apariciones a que hemos aludido, se producen por esa cuarta dimensión. Merecen señalarse, por ejemplo, la de Alfonso de Lignori, transportado desde su convento en el reino de Nápoles, al lecho del papa Clemente XIV, en Roma; la de San Antonio de Padua que predica en Montpellier, y al mismo tiempo se le ve en su convento; la de Santa Catalina de Ricci, que estando en Prato, conversa con

San Felipe Neri en Roma; el doble de la señorita Sagée; Sir Carne Raschse en la Cámara de Diputados; la señora Milman; la señorita Rhoda Clary, etc. Un hombre y una mujer, de buena salud, pueden encontrase al mismo tiempo, en un lugar distinto en que se hallan con su cuerpo normal. Podríamos agregar a estos fenómenos, aquellos de "aportes" comprobados: no es este, en verdad, el momento propicio para discutirlos; sin embargo, todo concurre a probar la existencia de esta cuarta dimensión. Un hombre, un objeto encerrado en las cuatro paredes de un cuarto, y por el techo y el piso, pueden salir del mismo. Parece ser que la vida ultraterrestre del alma se desenvuelve en esta dimensión, ya accesible al cálculo algébrico.

¿Tienen los espíritus una forma? ¿Qué es el "cuerpo" de San Pablo, el "cuerpo astral" de los teósofos, el "cuerpo etéreo" de los ocultistas? El estudio de esos "dobles" nos puede resultar muy provechoso. Es indudable que en el ser humano hay tres elementos distintos: el alma pensante, el doble fluídico y el cuerpo físico; el doble está al servicio del alma y ha sido posible analizarlo bajo diversos aspectos. Ya desde mediados del siglo pasado, Reichembach lo estudió bajo el nombre de "Od"; pero no hay que confundirlo con el éter. Todos los psiquistas poseen en sus bibliotecas las obras de aquel autor, como también las de sus continuadores, Carlos Du Prel y el coronel A. De Rochas. El cuerpo ódico coresponde al "aura" de los ocultistas, atmósfera humana visible para los sensitivos y también para ciertas vistas normales, preparadas especialmente. Es probable que ese fluído juegue un papel importante en los fenómenos de levitación, en las apariciones, y en más de una manifestación póstuma.

Persiste aún después de la disgregación molecular.

Carlos Du Prel, sabio bávaro (1839-1899), de origen francés, y a quien las ciencias psíquicas deben más de un importante descubrimiento, después de 30 años de estudio llegó a la conclusión de que el alma humana no es un espíritu puro, y sí un espíritu unido a un cuerpo trascendental, que él compara al "Od" de Reichembach. Este cuerpo etéreo, ódico, obraría en todas las manifestaciones magnéticas y espiritistas. Es el cuerpo "astral" de los ocultistas y de los teósofos, dotado de facultades propias, sobreviviente al organismo físico, en relación directa con el éter universal, que puede atravesar la materia, y formar a veces los fantasmas substanciales observados por Crookes y otros. Este cuerpo astral existiría durante la vida y después de la muerte. Du Prel recuerda, con este propósito, la idea de Kant, que "el alma humana se halla, desde esta vida, vinculada a dos mundos a la vez", y que cuando, por fin, debido a la muerte quedan rotos los lazos que la unían al cuerpo físico, su vida en el más allá no es más que la continuación natural de ese vínculo que ella ha ya tenido con ese mismo misterioso mundo. ("Sueños de una vidente", 20-25).

Si el alma humana sobrevive al organismo físico es lógico pensar que ella es preexistente al mismo; hay una sola eternidad atrás y adelante de nosotros. La principal objeción que se formula en contra de este principio, es que nosotros nada recordamos. Esta objeción de modo alguno es absoluta, pues cada uno de nosotros nace con facultades personales que no recibimos por herencia, y, por otra parte, algunos hombres han tenido reminiscencias más o menos concretas de un pasado desconocido.

Podemos comprender la eternidad de la vida, ba-

sados únicamente sobre el principio de la reencarnación, ya proclamado por Pitágoras, Orígenes, Jean Reynaud, y tantos otros filósofos. No disponemos de espacio suficiente para discutir y examinar este punto de capitalísima importancia, pero es necesario que lo admitamos en principio.

Siendo total nuestra ignorancia científica sobre las condiciones de la vida ultra-terrestre, no podemos más que formarnos vagas conjeturas. Ya sabemos, por lo pronto, que el alma sobrevive; y el admitir esta supervivencia nos lleva a admitir también la preexistencia. La vida terrestre es tan sólo una fase en la vida del espíritu. Por otra parte, del conjunto de todas las consideraciones de carácter metafísico, se desprende que ésta es la sola doctrina admisible, y la más vieja entre las creencias religiosas definidas: preexistencia y supervivencia.

Los argumentos de la preexistencia tienen un valor irrefutable (1). El principal es la desigualdad de los seres humanos, desde su nacimiento: desigualdad mental, que no puede atribuirse a la herencia, aptitudes especiales para determinadas ciencias y artes, predisposiciones innatas, y convicciones, desde la infancia, que tan sólo pudieron adquirirse en otras existencias. Otro argumento es el hecho de las reminiscencias, más o menos vagas, más o menos precisos, de algo "ya visto" o "ya oído": sensaciones que de otro modo resultarían inexplicables, y que en algunos son de carácter vivísimo.

Cada uno de nosotros llega a la tierra con apti-

---

(1) Ver especialmente Andrés Pezzani, laureado del Instituto, "La pluralidad de las existencias del alma, según la doctrina de la pluralidad de los mundos" (1865), en el capítulo Jean Reynaud, Henri Martín y Flammarión.

tudes o inclinaciones especiales, cuyo origen no es posible hallarlo en la herencia.

Todos los recuerdos pasados forman, acumulados en el fondo mismo de nuestro ser, un dominio latente, en una subconsciencia independiente de nuestro cerebro. El recuerdo de los hechos anteriores no ha quedado grabado en el cerebro.

En nuestros gustos, preferencias, impresiones, intuiciones, ensueños, reminiscencias y simpatías, es nuestro "yo" anterior al nacimiento terrestre, que se manifiesta más o menos vagamente.

Desde el punto de vista de la memoria, hay dos seres en nosotros, dos memorias generalmente amalgamadas, pero, a veces, netamente distintas.

A esta teoría de la preexistencia se objeta principalmente la ausencia total de recuerdos precisos de las vidas anteriores. ¿A qué nos sirve el haber vivido ya, si no nos acordamos? ¿Acaso la personalidad no consiste esencialmente en la memoria?

A todo esto se puede contestar que, durante la vida terrestre, el organismo material aporta condiciones nuevas y un cerebro dotado de nuevas facultades para una memoria transitoria; por otro lado, nos acordamos apenas de la milésima parte de lo que nos sucede desde el nacimiento, y que el alma tan sólo en los intervalos de su plena libertad, entre una encarnación y otra, posee su memoria integral. En nuestra conciencia subliminal nosotros guardamos conocimientos mentales que se remontan a nuestras existencias anteriores y pensamientos cerebrales que provienen de nuestra vida actual; los primeros son más estables, más verdaderos, más arraigados que los segundos. En algunos individuos se han observado casos de reminiscencias muy netas. Las existencias anteriores han ido preparando nuestra vida actual,

del mismo modo que ésta prepara nuestras existencias futuras. Al reencarnarse, el espíritu trae consigo todas las aptitudes resultantes de las experiencias y conocimientos adquiridos anteriormente. Merecen citarse, entre otros casos de niños-prodigio: Pico de la Mirandola, Pascal, Mozart, Saint-Saens. Los padres, al engendrar a sus hijos, les dan la vida física, pero no la aptitud intelectual y moral.

Se ha objetado con frecuencia que si la reencarnación es una ley natural, las comunicaciones con los muertos son, por lo tanto, imposibles. Se puede contestar que, efectivamente, tales comunicaciones son raras; sin embargo, nada prueba que las reencarnaciones deban efectuarse forzosamente de inmediato. Ya que nada seguro sabemos con respecto a ese otro mundo, todo nos queda por aprender; por consiguiente, nuestras actuales investigaciones valdrán a transformar por completo las diversas enseñanzas religiosas sobre la vida futura. Los difuntos que se comunican no hablan ni de paraíso, ni de infierno, ni de los jardines islámicos, ni de los campos elíseos griegos, ni del nirvana hindú. Sin temor de equivocarnos, podemos afirmar con Alfredo Bénezech que estamos asistiendo a un movimiento intelectual destinado a revolucionar la mentalidad humana y que es el más importante después del advenimiento del Cristianismo.

Desde el punto de vista filosófico y religioso, seamos los pitagóricos del siglo XX, con nuestros actuales conocimientos astronómicos.

Definida o no, la creencia en una vida futura se vuelve preponderante en todos los pueblos, a pesar de las incertidumbres de unos y las negaciones de otros. Cualquiera que sea su forma, la inmortalidad alienta las esperanzas humanas actuales, lo mismo

que al tiempo de los galos y los druidas. Nada han logrado cambiar las revoluciones: Robespierre mismo presidió la fiesta del "Ser Supremo" y no hace mucho podía leerse todavía, en el frontispicio de la iglesia, vecina al observatorio de Juvisy, esta inscripción en letras cubitales: "El pueblo francés reconoce la existencia de Dios y la inmortalidad del alma." Bajo todas las latitudes, la idea del alma se impone. En el Japón, también en nuestros días (como se ha visto últimamente en los funerales del escritor Lafcadio Hearn, en Tokío), se acostumbra todavía a abrir unas pequeñas jaulas que ponen en libertad a numerosas avecillas: símbolo conmovedor del alma que se libera de su terrestre prisión.

De existencia en existencia, la vida psíquica nos permite evolucionar en una forma ascendente. Cada uno de nosotros, antes de ser hombre, ha sido mineral, vegetal, animal: y no está dicho que el hombre sea el último peldaño de la escala infinita del progreso. Estamos aún muy abajo.

Nuestra vida después de la muerte será la que nosotros mismos nos hayamos preparado: somos hijos de nuestras obras, y el Karma de los filósofos es una realidad. Quien vive por la materia y para la materia no podrá gozar de los placeres del espíritu: los sibaritas de la carne se desengañarán, y los sensuales verán por mucho tiempo retardado su progreso.

La evolución anímica no es igual para todos: las reencarnaciones están estrechamente vinculadas a los valores intelectuales y morales. No hay ningún motivo que nos obligue a restringir a nuestro planeta solamente las reencarnaciones del alma humana, ni es anticientífico atribuir a la mónada psíquica la facultad de viajar por la inmensidad de los espacios

celestes, trasladarse de un planeta a otro, de la Tierra a Marte, a Venus o cualquier otro mundo.

La ciencia acaba de demostrar el transporte casi instantáneo de los iones y los electrones a través de los 150 millones de kilómetros que median entre el Sol y la Tierra. Durante las tempestades magnéticas de la fotosfera solar, los iones del sol llegan hasta nostoros y producen la agitación de la aguja imantada y las perturbaciones del magnetismo solar.

Y ya que la telepatía existe entre los muertos y los vivos, no está vedado a los astrónomos de esperar que no esté muy lejano el día en que puedan establecerse comunicaciones psíquicas entre algún planeta de nuestro sistema y la Tierra. Para la telepatía no hay distancias. Pero no es posible extendernos aquí sobre todos estos tópicos: los lectores habrán leído un bosquejo de todo en "Lumen", publicado hace ya medio siglo.

Cualesquiera que sean los complementos que pudieran agregarse a las observaciones anotadas, ya poseemos la certeza científica de la supervivencia del alma después de la vida terrestre. *El alma es independiente del organismo material y continúa viviendo después de la muerte.*

Estamos, por cierto, bastante lejos de saberlo todo: hay dificultades, obscuridades y cosas incomprensibles que quedarán por mucho tiempo insolubles para nuestras facultades humanas. Estamos rodeados por lo desconocido sin límites; jamás alcanzaremos plenamente la realidad, y si en algo nos acercamos a ella, podemos llamarnos satisfechos; en vez del sueño de la noche, estamos contemplando la aurora.

Siendo esta la primera vez que se escribe una obra de este género, y como ningún mortal ha logrado

hasta ahora levantar el velo de Isis, el autor de "La Muerte y su Misterio" no abriga la pretensión de haber resuelto totalmente el inmenso problema; pero su trabajo no habrá sido estéril, y un rumbo habrá sido abierto para nueva ciencia. El porvenir nos dirá cuáles han sido los resultados de este esfuerzo. El ha puesto en práctica el consejo de Cristo: "Buscad y encontraréis". Cualesquiera que puedan ser los descubrimientos futuros, las enseñanzas adquiridas pueden ya resumirse en estos términos: "El cuerpo es transitorio; el espíritu vive en el infinito y en la eternidad."

APENDICE

EL ESPIRITISMO Y LA OPINION DE LOS SABIOS

Después de las conclusiones tan autorizadas de Camilo Flammarión, creemos útil hacer conocer a nuestros lectores las declaraciones no menos importantes de otros eminentes sabios:

Opinión del célebre Arago, considerado como el sabio más grande del siglo XIX, quien, habiendo asistido al nacimiento del Espiritismo, ante el carácter maravilloso de los fenómenos, exclamaba:

"Aquel que fuera de las matemáticas puras pronuncia la palabra "imposible", peca de imprudencia."

Opinión de Sir William Crookes, el célebre físico inglés que descubrió el *talium*, hizo conocer el estado radiante, inventó el radiómetro, experimentó con los rayos catódicos y facilitó el estudio de los rayos X (tubos de Crookes):

"Estando seguro de la realidad de los fenómenos espiritistas, sería una debilidad moral de mi parte si les negara mi testimonio."

Después de 6 años de experiencia sobre el Espiritismo, durante los cuales ideó un sinnúmero de aparatos destinados, sea al control científico, sea a la constatación de los fenómenos, Williams Crookes escribía, a propósito de los hechos espiritistas:

"Yo no digo que esto es posible: digo que es una realidad."

Opinión de Sir Oliver Lodge, otro gran físico inglés, cuyos trabajos, en el ramo de la electricidad — y especialmente la teoría de los iones — se enseñan en todo el mundo:

"Hablando por mi cuenta y con todo el sentimiento de mi responsabilidad, debo constatar que como resultado de mis investigaciones psíquicas, he venido paulatinamente y en forma gradual, adquiriendo la convicción — y actualmente soy un convencido, después de más de 20 años de estudio — que no solamente la supervivencia individual es un hecho, sino que también alguna comunicación puede, ocasionalmente, llegarnos a través del espacio, con dificultad, y en ciertas y determinadas circunstancias. No es esta una cuestión que permita fácilmente una conclusión definitiva; solamente aquellos que le dedican tiempo y estudios serios pueden adquirir pruebas concluyentes."

Siguiendo sus investigaciones, el mismo sabio, que es a la vez rector de la Universidad de Birmingham y miembro de la Real Academia, escribía:

"Me declaro espiritista, porque he tenido que aceptar los fenómenos como una realidad.

En uno de sus más hermosos libros, "La Supervivencia Humana", se lee:

"Los testimonios en favor de la supervivencia del hombre, o sea de la persistencia de la inteligencia humana y la personalidad individual después de la muerte del cuerpo se han ido acumulando siempre más; tienden ahora a volverse irrefutables."

Por último, después de 30 años de estudios y experimentaciones, Sir Oliver Lodge formuló la siguiente frase capital, en un discurso pronunciado en Walworth, el 22 de noviembre de 1914:

"Mi conclusión es que la supervivencia está científicamente comprobada, por medio de la investigación científica."

El libro "Raimundo o La Vida y la Muerte", en el que el gran sabio inglés confirma todas sus convicciones espiritistas, a propósito de los fenómenos que se produjeron a raíz de la muerte de su hijo, ha causado efectos sensacionales en todo el mundo. En su prefacio dice así el eminente físico:

"La perspectiva de poder ser útil, me hace despreocupar de las burlas a las cuales seguramente me expongo. Tengo la esperanza de llevar el consuelo a muchas almas afligidas, dándoles la seguridad que es posible comunicarse con los que están en la otra orilla del golfo."

Opinión del profesor Lombroso, de la Universidad de Turín, el ilustre criminalista italiano que durante mucho tiempo combatió las teorías espiritistas, resolviéndose por fin a estudiarlas:

"Me veo obligado a formular mi convicción sobre la enorme importancia de los fenómenos espiritistas, siendo un deber de la ciencia prestar, sin mayor pérdida de tiempo, su atención a estas manifestaciones."

El mismo sabio hizo también esta inequívoca declaración:

"Se juzga al espiritismo como una supercheria, con lo que se cree inoficioso estudiarlo. Yo me avergüenzo de haber combatido la posibilidad de los fenómenos espiritistas."

Opinión del naturalista Russel Wallace, émulo de Darwin y presidente de la Sociedad Inglesa de Antropología:

"Yo era un materialista tan completo y convencido, que me era del todo imposible admitir la idea de una existencia espiritual. Pero los hechos son cosas muy convincentes, y los hechos me han convencido. Los fenómenos espiritistas están tan comprobados como los hechos de todas las demás ciencias."

Opinión del profesor Barrett, de la Universidad de Dublín:

"Sin duda, por nuestra parte, nosotros creemos que una inteligencia activa está en juego detrás del automatismo (escritura mecánica, trances e incorporaciones), y fuera de éste, inteligencia que debe ser el difunto que afirma ser, más probablemente que cualquier otra cosa que podamos nosotros conjeturar. Resulta difícil hallar otra solución al problema de esos mensajes y "correspondencias cruzadas", si no se quiere suponer una tentativa de cooperación inteligente entre ciertos espíritus desencarnados y los nuestros."

Opinión de M. C. Varley, ingeniero jefe de las compañías de telegrafía internacional y transatlántica, inventor del condensador eléctrico, que ha permitido resolver el problema de la telegrafía submarina:

"Las burlas de que son objeto los espiritistas provienen tan sólo de aquellos que no han tenido ni el coraje ni la conveniencia de estudiar, antes de combatir lo que no saben."

Y en una carta dirigida a Crookes, Varley agrega:

"No conozco un solo caso de un hombre de buen sentido, que habiendo estudiado seriamente los fenómenos espiritistas no se haya rendido ante la evidencia."

Opinión de M. Duclaux, director del Instituto Pasteur, en una conferencia dada en el Instituto General Psicológico:

"Yo no sé si vosotros pensáis como yo, pero ese mundo lleno de influencias a que nosotros estamos sujetos sin conocerlas,

penetrado de ese "algo divino" que nosotros presentimos sin poderlo especificar, y bien: ese mundo del psiquismo es un mundo más interesante de aquel en que hasta ahora hemos confinado nuestro pensamiento. Tratemos de abrirlo a nuestra investigación: en él podemos hacer innumerables descubrimientos útiles para la humanidad."

* * *

Son cada vez más numerosos los hombres de ciencia que — después de haberlo prolijamente estudiado, con el mismo interés, paciencia y libertad de pensamiento que han tenido para las demás ciencias — se han pronunciadoa en favor del espiritismo. Es imposible citarlos a todos.

Muchos de ellos han consignado el resultado de sus estudios en libros muy poco conocidos: así, por ejemplo, el matemático A. de Morgan, presidente de la Sociedad Matemática de Londres secretario de la Sociedad Real Astronómica, que después de 10 años de experimentaciones, ha reunido sus trabajos en el libro "De la Materia al Espíritu"; M. Barkas, miembro de la Sociedad de Geología de Newcastle, que ha escrito "Apuntes de Investigación sobre el Moderno Espiritismo"; M. Oxon, profesor de la Universidad de Oxford, que ha publicado sus convicciones en "Identificación Espiritista"; el Dr. R. Hare, profesor de química en la Universidad de Pensilvania, autor de la obra "Estudios Experimentales sobre los Fenómenos Espiritistas"; Federico Myers, autor del magnífico libro "La Personalidad Humana y su Supervivencia"; el profesor de geología. Deuton, los doctores Georges Sexton, Chambers, James Gully.

Los fenómenos espiritistas han sido estudiados también en Francia, en Rusia, en Italia y en otros países, por un sinnúmero de experimentadores científicos que pudieron comprobar su realidad. Camilo Flammarión, el doctor Gibier, Gabriel Delanne. León Denis, etc., han publicado obras muy autorizadas, y la literatura espiritista se enriquece diariamente con trabajos de nota.

Por lo que concierne a la realidad material del fenómeno espiritista, hay que señalar la fundación, en París, del Instituto Metapsíquico Internacional, reconocido de utilidad pública, y que bajo la dirección del sabio doctor Geley (1), estudia con

(1) Este ilustre sabio falleció inesperadamente en un accidente de aviación, en julio del año pasado, mientras regresaba de Varsovia a París. Ha sido nombrado en su lugar, a principios del año en curso, el profesor Osty, muy ventajosamente conocido en el mundo de las ciencias psíquicas. — (N. del T.).

método las manifestaciones de la mediumnidad bajo todas sus formas.

No es posible hablar de las relaciones entre el Espiritismo y los sabios, sin mencionar los importantes trabajos del profesor Crawford, del Colegio de Belfast, que también se inclinó a la intervención de "entidades directrices" en los fenómenos del espiritismo.

En Italia, el astrónomo Porro, el profesor Santoliquido y Ernesto Bozzano; en Rusia, los profesores Aksakoff y Ochorowicz han aportado su valiosa contribución a la causa espiritista.

EL ESPRIITISMO Y LOS ESCRITORES, FILOSOFOS, etc.

El gran poeta Víctor Hugo era francamente espiritista; escribía:

"Evitar el fenómeno espiritista, no prestarle la atención que merece, es hacer el vacío a la verdad."

El padre Lacordaire, el célebre predicador, escribía a la señora Swetchine, en la época de Allan Kardec:

"¿Ha visto usted moverse y hablar las mesas? Yo me había negado a verlas, como algo muy tonto; pero después las he consultado, y me han dicho cosas bastante notables, sobre el pasado y el presente."

Citemos también estas dos opiniones de escritores franceses:

"Yo creo en los espíritus golpeadores de América, de los que dan fe 16.000 firmas.—Augusto Vacquerie.

"Como todo el mundo, yo también me he reído del Espiritismo; pero lo que yo creía que era como la sonrisa de Voltaire, era tan sólo la risa de un imbécil, que es mucho más común que aquella otra." — Eugenio Bonnemere.

Y para terminar, ahí va la opinión de dos grandes filósofos franceses contemporáneos:

Boutroux, miembro de la Academia Francesa, muerto hace poco, escribía:

"Un estudio amplio y completo del psiquismo no ofrece solamente un interés de curiosidad, aunque sea científica, sino que interesa muy directamente la vida y el destino de los individuos y la humanidad."

Por último, Bergson, profesor en el Colegio de Francia, cuyas doctrinas sobre la Evolución han tenido gran resonancia en todo el mundo, decía en una conferencia sobre "El Alma y el Cuerpo", el 28 de abril de 1912:

"Si, como hemos tratado de demostrarlo, la vida mental sobrepasa la vida del cerebro, si este cerebro se limita a traducir

en movimientos solamente una pequeña parte de lo que sucede en la conciencia, entonces la supervivencia se nos aparece tan verosímil, que la obligación de la prueba incumbe a aquel que niega y no a aquel que afirma; puesto que la única razón de creer en la desaparición de la conciencia después de la muerte, estriba en que se ve la disgregación del cuerpo, y esta razón pierde todo su valor desde el momento que es también un hecho comprobado la independencia de la casi totalidad de la conciencia, con respecto al cuerpo."

EL ESPIRITISMO Y LA PRESTIDIGITACION

Se ha creído nombrar a los prestidigitadores como árbitros de la realidad de los fenómenos psíquicos. No está demás reproducir aquí la opinión del más célebre entre ellos, Roberto Houdin, en una carta dirigida al marqués E. de Mirville:

"He vuelto de esa sesión espiritista profundamente impresionado, y estoy convencido que es de todo punto imposible que el azar o la destreza puedan jamás producir efectos tan asombrosos. Mi arte de prestidigitador es incapaz de reproducirlos."

UNA MANIFESTACION DE PRUEBA DE IDENTIDAD

> Yo me he reído, como todo el mundo, del espiritismo; pero lo que yo tomaba por risa volteriana no era sino la risa del idiota.
>
> Eug. Bonnemere.

El espiritismo tiene generalmente una mala reputación, y se la merece. Sus adeptos carecen de método en su mayoría: no son ponderados y se dejan engañar por ilusiones. Al examen imparcial y crítico, sin el cual no se puede estar seguro de nada, prefieren una creencia y una religión consoladoras. Son éstas malas condiciones de estudio, desprovistas de sanciones suficientes.

Desde los tiempos de Allan-Kardec, en el discurso que pronuncié sobre su tumba (2 abril 1869), creí ya útil y hasta necesario proclamar sobre esa misma tumba que *el espiritismo no es una religión, sino una ciencia,* y añadí "que asistimos a la aurora de una ciencia desconocida". Desde hace más de medio siglo que yo pronuncié estas palabras, la marcha continua de nuestros estudios las afirma y confirma de más en más.

Unicamente por el método científico es por el que avanzamos en la conquista de la verdad. La creencia religiosa no debe sustituir al examen imparcial. Desconfiemos constantemente de las ilusiones.

Sin hablar del fraude consciente, deshonesto e indigno de toda excusa, existe la autosugestión, que conduce también a fraudes involuntarios. Los creyentes se dejan fácilmente engañar. Yo he presenciado movimientos de mesas producidos con toda seguridad por las manos de pseudo-mediums, sin que a veces lo sospechasen ellos mismos, a pesar de la evidencia flagrante. Se aceptan con demasiada frecuencia los dictados de supuestos espíritus sin el menor esfuerzo de revisión. Además,

se acaba por dar el nombre de "controle" al espíritu mismo; es decir, ¡a la causa desconocida que debe conocerse! Es el colmo de la gramática.

Y todo eso se hace, generalmente, de buena fe.

Existe también la mala fe, los explotadores de la credulidad ingenua, que dan espectáculos prometiendo apariciones y manifestaciones póstumas a los necios que les escuchan y que se lamentan luego de ¡haber sido engañados! La especie humana, que se cree inteligente, es verdaderamente singular. Se necesita mucha fuerza de voluntad para trabajar con perseverancia en medio de estos impostores; es preciso estar sostenido por la convicción de que hay algunas verdades que pueden descubrirse.

Los estudios metapsíquicos, los experimentos espiritistas sobre todo, ofrecen más de un peligro, siendo el principal el siguiente.

Consignamos con certeza la realidad de fenómenos inexplicables; más aún, hasta inverosímiles y razonablemente inadmisibles, deslizándonos de este modo por un plano inclinado peligroso; porque, ¿dónde se detiene la realidad? ¿Existe un límite? ¿Dónde está? Las mayores estupideces son admitidas por hombres y mujeres de buena fe; sobre todo, declarémoslo, por las mujeres, en la que la credulidad iguala a veces a la de los beatos más simples, que ven, en los menores accidentes de la vida o de la temperatura, al diablo o a la Providencia. ¡Y con qué desenvoltura ciertos "mediums" juegan con esos cerebros débiles! Importa descubrir ese plano y no aproximarse a él.

El elemento psíquico ambiente es difícil de hallar. Se obtienen a veces contestaciones tan diferentes a las ideas de las personas decentes, que la entidad del espíritu evocado parece afirmada por los detalles particulares que revela . . . Después, al preguntarle su nombre, es incapaz de darlo. Con frecuencia sólo dicta una inicial. ¿Por qué? Esto es desconcertante.

Pero los que lo rechazan todo en estos experimentos no tienen razón. En estos asuntos no se puede decir "o todo o nada". Hay hechos dignos de la más seria atención. Y esos hechos nos prueban, por su parte, como igualmente las diversas observaciones publicadas en los tres volúmenes de esta obra, que la teoría materialista es un error.

Me parece que para juzgar exacta y rigurosamente sobre la autenticidad de los testimonios de identidad en las comunicaciones de los espíritus, se debe estar seguro, ante todo, que ningún elemento de esas comunicaciones *puede provenir* de la mentalidad latente en los experimentadores y en los presentes. Si la cosa no es posible, la investigación póstuma es ilusoria.

Si las personas presentes están fuera de causa, la investigación es admisible. Y aun así, no debemos perder de vista nuestros conocimientos actuales sobre la telepatía y tener presente que los muertos pueden actuar a distancia.

Se ve, pues, la atención que exige el estudio experimental del espiritismo.

Ya en este volumen hemos visto algunas aplicaciones, por ejemplo, desde nuestra investigación preliminar en la revelación de la familia del señor Bossan, y en otros casos en que la identidad del espíritu comunicante nos ha parecido afirmada.

Es ya tema viejo el de las investigaciones de identidad de los espíritus comunicantes y se discute desde hace tiempo, conduciendo a afirmaciones. Hace más de un cuarto de siglo que el doctor Chazarain ha publicado en el *Progreso Espiritista*, de Lyon, el relato siguiente:

"Honorato Chavée, antropólogo y lingüista eminente, autor de un libro admirable, apreciado por todos los sabios del mundo, *La Lexicología Indo-europea*, en cuyas lecciones se formó la ciencia de Hovelacque en lingüística, fué uno de los primeros conferenciantes que, al mismo tiempo que Flammarión, Jacolliot, Sarcey, María Deraisme, etc., se hicieron oír en la sala de conferencias del boulevard de Capuchinas, cuando Yves Henry, de quien fué médico y amigo, era director de esa sala. Esto era en 1866.

Asistiendo a esas conferencias fué cómo le conocí y nos hicimos amigos, teniendo relaciones continuas que duraron hasta su muerte.

El señor Chavée creía en la sucesión de vidas, pero no admitió que los difuntos pudiesen comunicarse con nosotros. Para explicar las comunicaciones obtenidas y el papel desempeñado por los mediums, había imaginado una teoría muy original, equivalente a la que descansa sobre la sugestión mental y la exteriorización del pensamiento de los asistentes.

Pero un día la viuda de Chavée obtuvo, por mediación de la señora Rodiere (que sirvió en 1862 de medium a Flammarión), una comunicación que me pareció expresar las ideas que su esposo debía tener desde su retorno a la vida del espacio.

Algunos días después fuí a visitar a una de mis clientas, la señora D. . . ., que se hallaba enferma, y al ser introducido en su habitación se hallaban en ella, sentadas alrededor de una mesa adosada a su cama, dos de sus amigas, la señorita G. . . . y la señora V. . . ., su dama de compañía, las dos mediums, y hacían en aquel momento experimentos espiritistas. Entonces se me ocurrió la idea de aprovechar la ocasión para evocar a Cha-

vée. No fué sino pura curiosidad por mi parte, no pensando en otra cosa. La mesa respondió afirmativamente, y la señora D. . . . , incorporada en su lecho, recogió las letras dadas por los movimientos del mueble.

Después de la última letra, la mesa paró y preguntamos si la comunicación había terminado, y siendo la contestación afirmativa, la señora D. . . escribió el nombre del espíritu con la siguiente ortografía: *Chevet*, ortografía que ella creía ser la verdadera.

Apenas había terminado, cuando la mesa, sobre la cual estaban aún apoyadas las manos, se puso nuevamente en movimiento y dictó estas palabras: "No es así como se escribe mi nombre."

Como mientras la señora D. . . había tenido el lápiz en la mano, yo estaba colocado a unos dos metros de distancia de ella, al nivel de sus pies, aunque hubiera querido me hubiera sido imposible ver lo que ella había escrito. En el mismo caso se encontraban las otras dos personas que habían puesto las manos sobre la mesa; además, esas personas desconocían la verdadera ortografía. De modo que ninguno de nosotros podía saber que el nombre no estaba escrito con su verdadera ortografía cuando la mesa se puso de nuevo en movimiento para señalar el error. Por lo tanto, el medium no pudo ser advertido del error deslizado por una radiación del pensamiento de las personas presentes y actuar sobre la mesa.

Puedo consignar que el gran lingüista Honorato Chavée no podía soportar, durante su vida, que se escribiese mal su apellido o que le cambiaran su nombre de pila. Su viuda, a quien yo mostré la comunicación inmediatamente, señalándole la observación del error, exclamó en seguida:

—¡Ah, esa reclamación lo pinta tal como era!

Y me refirió:

—Figúrese usted que uno de sus compatriotas y amigos (Chavée era belga, de Namur) habló de sus trabajos en una conferencia, en términos laudatorios, en Bruselas. Los periódicos de esta ciudad, al hacer la reseña de la conferencia, antepusieron a su apellido el nombre de Enrique. Al verlo, se irritó de tal modo, que apenas leyó el periódico belga expidió un largo telegrama lamentando esa sustitución involuntaria, no teniendo paciencia para desvanecer el error por medio de una carta.

En esta declaración de la viuda hay una prueba más de identidad de este espíritu. Así es que, gracias a la conservación, hasta más allá de la tumba, de ese rasgo original de su carácter,

pudo señalar el error cometido, habiendo tenido de ese modo, en parte por casualidad, una prueba de las más evidentes y de un valor indiscutible respecto a la identidad. Pero yo me inclino a creer que, aún obedeciendo a ese prurito de su carácter que tuvo siempre en vida, según el cual no podía soportar que se le confudiese, ni por un momento, con un homónimo, cualquiera que fuese, aprovechó él con gusto y diligencia la ocasión que se le presentó para ofrecernos una extraña prueba de identidad de un espíritu.

Doctor Chazarin.



BIBLIOTECA CIENTIFICA

OBRAS PUBLICADAS EN EXISTENCIA

PRIMERA SERIE

Vol.		
15	—La mujer y el niño, por Esciuión Sighele	0.20
17	—La radiotelefonía, por J. J. Escanciano	0.20
30	—Historia de la doctrina natural, por el Dr. Gambara	0.20
32	—Enseñanza teosófica, por Aimée Blech	0.20

SEGUNDA SERIE

1	—Fisiología de la vida sexual en el hombre y la mujer, por el Dr. Otto Schwartz	0.30
2	—Higiene sexual del soltero y la soltera, por el Dr. T. R. de Climent; Educación sexual de los jóvenes, por el Dr. Calmette, y La virginidad estancada, por Hope Clare	0.20
3	—Etica sexual, por el Dr. Augusto Forel, e Higiene del matrimonio, por el Dr. Rosch	0.30
4	—Higiene sexual del hombre, por el Dr. E. Pozner	0.30
5	—Guía sexual, por el Dr. J. L. Curtis	0.20
6	—Miseria sexual de nuestro tiempo, por el Dr. Starkenber	0.30
7	—Dos ensayos sobre la vida sexual, por el Dr. G. Marañón	0.20
8	—Secretos del matrimonio, por el Dr. G. Mac Hardy	0.40
9	—La lujuria humana, por el Dr. Luis M. de Aguirre	0.20
10	—Patología sexual, por el Dr. Augusto Forel	0.30
11	—La prostitución clandestina, por el Dr. T. R. de Climent	0.20
12	—La sífilis, por los Dres. Narbel, Fournier, Bloch y Peacan	0.20
13	—Libertad sexual de los adolescentes, por Juan A. Senillosa	0.20
14	—El apetito sexual, por el Dr. Augusto Forel, y Cómo nace el amor, por José Ingenieros	0.20
15	—La mujer en el amor y la voluptuosidad, por el Dr. E. Tairens Drangs	0.30
16	—Enfermedades sexuales, por el Dr. Lázaro Sirlin	0.30
17	—A la conquista de la vida, por el Dr. Voronoff	0.30
18	—La higiene en la vida sexual, por el Dr. Max von Gruber	0.30
19	—Libertad de amar, por el Dr. Luis Jiménez de Asúa	0.20
20	—El arte de tener hijos, por el Dr. L. Sociac	0.30
21	—El tratamiento de la sífilis, por el Dr. Peyri	0.30
22	—El Amor, por el profesor S. A. Radetzky	0.20

(Los volúmenes 5, 7 y 9, agotados, están reimprimiéndose).



Impreso en los Talleres Gráficos de
la E D I T O R I A L   C L A R I D A D

